

Somos el viaje que han hecho otros y ese viaje nos alimenta»

Texto: *Angélica Tanarro*

El autor publica Veníamos de la noche en Galaxia Gutenberg, una historia sobre el sentido de la vida, el amor, la belleza y la muerte

Era el 7 de marzo de 2020. En el mundo se estaban cerrando aeropuertos, teatros, museos... Ernesto Pérez Zúñiga estaba en Roma, invitado por la Academia de España para presentar la traducción de uno de sus libros. Regresaba a nuestro país en uno de los últimos vuelos que salieron de la capital italiana. Se sentía la amenaza de algo que iba a cambiar las cosas, se sentía cercana la muerte. Así es como el escritor recuerda el momento en que pensó que escribiría una novela a partir de esas sensaciones. La novela está reciente en las librerías y en los foros culturales, se titula *Veníamos de la noche*, está editada por Galaxia Gutenberg, y su autor afirma que se ha dejado la vida en ella. Es su séptima novela y piensa que algo ha cambiado en su literatura y en él mismo tras escribirla. «La novela es un lugar de transformación y a mí esta novela me ha cambiado». La conversación, pantallas mediante, tiene lugar una tarde alicantina que, a través de las persianas a su espalda, se vislumbra radiante. Su lenguaje corporal denota serenidad. Contesta a las preguntas con la calma, con la seguridad de quien ha vivido intensamente el proceso de escritura. Sonríe todo el tiempo con la mirada.

Veníamos de la noche cuenta un momento culminante en la vida de Lucía, una mujer de 49 años que necesita dejar atrás su pasado y encontrar su camino. Quiere desarrollar su verdadera vocación que es ser pintora, consigue una beca en la Academia de España en Roma donde pretende conseguir una meta: pintar el cielo de la Ciudad Eterna. A su lado, el director de la institución, Gustavo Setién, un personaje ambiguo; Enrico Tomasi, con quien vivirá una historia de amor al límite; Gianfranco Zicarelli, personaje real y ficticio al mismo tiempo... Y la ciudad, que es más que el decorado de sus peripecias vitales.



ERNESTO
PÉREZ ZÚNIGA

Uno de los puntos fuertes de esta novela es su estructura. El narrador, Gustavo Setién, es un personaje y a ratos se comporta como narrador omnisciente. Hay un proceso paralelo entre lo que se cuenta y el desarrollo de la escritura por su parte. También juega con los tiempos, pero nada de eso dificulta la lectura. ¿Cómo lo consiguió?

→Ahí vuelvo al gran maestro Cervantes porque él lo ha inventado todo. Siempre estoy obsesionado en las novelas con la idea de que él se inventó la segunda parte del *Quijote* que tiene que ver con narrar de otra manera y cómo podría yo hacerlo. Primero escribí una versión solo en tercera persona, pero no me gustaba. Pensando en Cervantes me dije: vamos a pasarlo bien haciendo una novela sobre el propio arte de contar. Esta novela es la celebración del arte, de la belleza, pero también quería que fuera una celebración de la literatura. Empezé así como una inspiración cervantina y empecé a jugar con esto del narrador omnisciente, pero que al mismo tiempo está investigando a su propio personaje y que juega con la verdad y la ficción. También es una celebración de la ficción en estos tiempos de tanta autoficción en los que la narrativa se ha simplificado un poco. Al final, una ficción bien contada es más verdad que cualquier verdad aparentemente objetiva.

Y el título: *Veníamos de la noche*. Al final los personajes, cada uno a su manera, van hacia la luz.

→Cómo vivir de verdad nuestra propia vocación es algo que me obsesiona mucho. Cómo sacar todo el potencial que todas las personas tenemos y que muchas veces nos vemos enredados con la vida, perdemos el camino, nos metemos en laberintos de los que no es fácil salir. Esa experiencia se la quise dar a Lucía que, efectivamente, va allí a pintar, pero no puede cumplir su vocación si antes no asume su responsabilidad y si antes no descubre todo su potencial que es ese amor tan diferente que va a vivir, el de Enrico, que va a encender ese potencial. Y *Veníamos de la noche* porque aún veníamos de ese laberinto y es un viaje hacia la verdad esencial que tiene que ver con ese amor que te hace ser la mejor versión de ti mismo. La oscuridad y la luz habitan dentro de cada persona y podemos potenciar una cosa u otra. Muchas veces la oscuridad no es más que piedras que hemos lanzado sobre la boca de luz que tenemos dentro.

Los personajes evolucionan a lo largo de la novela y este es otro de los puntos fuertes de la narración. ¿Los concibió así desde el principio o alguno se escapó por su cuenta durante la escritura?

→Sí. Precisamente el personaje que más cambia es Lucía porque de hecho en una primera versión de la novela era un personaje mucho más trivial y complaciente. A mí esta novela me ha supuesto mucho trabajo en el sentido de que me he transformado yo también escribiéndola. Las novelas deben transformar al escritor y eso se nota mucho en los personajes. Lucía empezó siendo un personaje más trivial y ahora tiene mu-

cha más potencia y es capaz de asumir su oscuridad y su propia transformación. El personaje narrador también cambia, al principio es mucho más cínico pero el enfrentarse a la crudeza de lo que pasa también le toca algo profundo. Quizá el que menos ha cambiado en el proceso de la escritura es Enrico al que tenía yo más claro desde el principio: por el tema de que cuando te queda poco tiempo de vida decides cómo eliges vivirla. Y él decide que va a vivir la belleza y la verdad sea lo que sea hasta el último momento. Y luego está Gianfranco Zicarelli, que existe de verdad, que es amigo mío y gestor del Instituto Cervantes de Roma, y al que he convertido en la ficción en una especie de antihéroe que se va encontrando a sí mismo.

En alguna ocasión ha dicho que esta novela marca un antes y un después en su trayectoria. ¿Por qué?

→Para mí la escritura ha sido siempre el lugar de la vida, el lugar desde donde comprender el mundo. Lo que pasa con esta novela es que siento una especie de inmersión total en el compromiso de escribir ¿sabes? De inmersión total en el compromiso de sacar de la literatura y de la vida algo que realmente merezca la pena para los demás y para mí mismo como escritor. Siento con ella una especie de determinación vital igual que la de Lucía por vivir solo en la verdad. En este caso en la verdad de la literatura, en la verdad del arte, de la poesía, de la ficción. Y un compromiso que también tiene que ver con nuestra época. Una época que está amenazada por la fragmentación, por el hiperconsumismo, por la falta de ética, y es como decir: yo quiero vivir en esa ética que tiene que ver con el arte, con la belleza, con la libertad profunda, con no ser un hiperdependiente de los temas tecnológicos, que es un tema que está mucho en la novela, la confrontación entre lo que es el alma y lo que es una sociedad mercantilista. Tiene que ver con eso también: con vivir la literatura desde lo más profundo de eso que se llama alma y que es muy difícil saber lo que es. Pero nos entendemos con esa palabra ¿no?

En efecto, la novela es también un canto al humanismo. Uno de los personajes habla de que una sociedad «que exalta la ciencia y la tecnología y las erige en guías únicas de nuestro destino corre el riesgo de ser devorada por el monstruo».

→Esa frase la dice Enrico en una carta que es como un legado de vida. Es una forma de decir que estamos al borde del precipicio absoluto. Se ve en el poder político, en el uso de la IA que amenaza con barrerlo todo y con consumir todos los recursos naturales, que es un tema que a mí me preocupa mucho personalmente. Esta novela no está centrada en eso, pero la próxima sí quiero centrarla en estos temas de la naturaleza. Pero sí, se habla del concepto de geohumanismo: de poner la naturaleza en el centro de los valores humanos. Y no como ese ecologismo que a veces es amor a la naturaleza sin humanismo, o a veces un amor solo con fines al servicio de las ciudades como ocurre con la energía



Al final, una ficción bien contada es más verdad que cualquier verdad aparentemente objetiva»



verde. Yo reivindico poner la naturaleza en el centro del ser humano para tener una relación directa con la existencia.

Uno de los personajes del libro y no secundario es la *Divina Comedia*. ¿Tan importante es para usted?

→Ha estado conmigo siempre. Es un libro que me obsesiona como metáfora del mundo. Tiene todo el viaje que a mí me interesa, en lo que supone de conocimiento y de poesía. El Infierno de Dante representa la sociedad humana concretada en lo que hace mal. Y luego es un viaje de evolución. Yo creo profundamente en la evolución del ser humano, que puede evolucionar a mejor, y ese libro representa esa evolución. Conforme Dante va subiendo del Infierno al Purgatorio y luego al Paraíso y llega a esa concepción divina de la existencia, donde Dios es el centro de la rueda y todo lo que sucede en el universo pasa dentro de esa rueda. A mí esa concepción de unidad del universo me parece maravillosa y es la que quiero vivir. Ese libro lo lleva Enrico en el bolsillo en ese andar suyo por la ciudad porque de alguna manera representa esa evolución. Lleva el universo entero, lo que hace el ser humano peor y lo que hace mejor. Lleva la naturaleza y la evolución del alma. Otra cosa que me encanta de ese libro es el diálogo constante con los ancestros. En ese caso de Dante con Virgilio. Es mi diálogo también con Dante salvando las distancias. La literatura se hace con todo eso. Somos el viaje que han hecho otros y ese viaje nos alimenta profundamente. Estamos en una conexión invisible con nuestros contemporáneos, pero también con el pasado, con los mejores del pasado, y esa mezcla es la que nos va a hacer estar en contacto con el futuro.

Y otro personaje es Valle Inclán, más allá de la estatua que preside uno de los espacios de la Academia.

→Me acompaña desde los dieciséis años en que leí *Lucas de bohemia* y ya nunca lo he soltado. Y me ha enseñado muchísimo. De hecho, mi primera novela *Santo diablo* era un homenaje a *El ruedo ibérico* de Valle solo que en la guerra civil. Hice mi tesis doctoral sobre él en *La lámpara maravillosa* y de hecho ahora estoy escribiendo un ensayo sobre Valle Inclán, sobre el misterio de su personalidad. Me parece el mejor escritor español después de Cervantes y está en la Academia porque fue director y está en esa escultura del patio y Lucía habla con él, respeta su presencia silenciosa. Y de alguna manera se comunica con él. Bueno, yo también me comunico con él [risas] a través de sus libros y tengo muy en cuenta su compromiso con la literatura, con la belleza, con la investigación del ser humano, con la investigación de la literatura en la sociedad. Y en el caso de *La lámpara maravillosa* también en el sentido de que la belleza es algo con lo que te tienes que fundir y saber expresarlo de una manera musical. Digamos que Valle es mi maestro principal.

**¿Y cree que le habrá gustado la novela a Valle?
¿Le ha dado alguna palmadita en el hombro?**

→[Risas] Yo creo que no le ha parecido mal de todo.

Y luego está Roma, mucho más que en el paisaje de fondo. Hace un canto de amor a la ciudad.

→La primera vez que fui a Roma, quizá hace veinte años, llegué sobre las ocho de la tarde y me quedé en el Albergo Santa Chiara donde duermen los protagonistas en el día final. Recuerdo que empecé a caminar y no me acosté hasta las cuatro de la mañana sin poder parar, descubriendo atónito la belleza de esa ciudad. No pude ni pararme a cenar, solo podía pasear asombrado. Y he vuelto muchísimas veces. Es una ciudad en la que siento felicidad, con todos los claroscuros que también tiene. Es infinita y encuentro en ella todas esas capas de contribuciones de generaciones perdidas. Veo los ecos de quienes hicieron esas esculturas, esas arquitecturas. Es una ciudad muy espiritual y no porque esté ahí San Pedro, sino espiritual en el sentido artístico. Donde los artistas han sabido dejar para las generaciones venideras el mejor legado que se puede dejar. Aparte de que es un lugar donde la naturaleza está muy mezclada con la ciudad, los pinares, el Tevere...

La novela tiene muchos ingredientes. Hay un misterio, en algunos momentos hay violencia y sobre todo es una historia de amor. Pero es también una teoría sobre el amor, sobre sus diferentes planos y esa idea de que el amor es un absoluto que se instala en quien sabe amar la vida.

→En cuanto a los planos del amor es un asunto en el que he investigado en mi propia vida. Las parejas que uno ha tenido y no han funcionado y por qué... Acabas entendiendo que si no tienes una conexión profunda con alguien en los planos más importantes que tienen que ver con el espíritu, con la conciencia, con lo poético, con lo artístico, con el lado misterioso de la existencia... lo demás puede ir cambiando. Luego está la idea de poder amar a una persona hasta la muerte. Ahora parece que el amor es solo amor a lo fácil, como si sólo se pudiera amar a un top model y no a una persona enferma. El amor no es esa superficialidad, sino que tiene que ver con esos planos más elevados del ser humano y uno de esos valores es ser capaz de amar en el límite de la existencia. El amor tiene que ver con la reverencia, con el respeto, con alimentar en el otro lo mejor de sí mismo y con dar a la otra persona lo mejor de ti mismo. A otra persona o a una sociedad, o si eres un artista a un libro o a un cuadro. Y el amor no tiene propietario. Se va a instalar en cada uno y si tú sabes alimentarlo estarás alimentando algo maravilloso para los demás.

Hay un capítulo en la novela que es ese encuentro erótico entre los protagonistas en el

que hay ecos místicos y en concreto del *Éxtasis de Santa Teresa* de Bernini. Lo lleva a buen puerto, pero ¿era consciente de su riesgo?

→La novela tuvo muchas versiones y ese capítulo lo escribí desde el principio. En todas, me decía que debería cortarlo, pero no lo hacía. Yo sabía que era un riesgo, pero es el capítulo en el que yo he podido expresar de la manera más auténtica que he sabido lo que es una experiencia erótica, carnal, pero espiritual al mismo tiempo. Así es: Tiene que ver con ese *Éxtasis* de Bernini que los protagonistas han visto un poco antes en la iglesia. Es esa fusión erótica con otro. Para mí es lo más divino que puede haber en el ser humano. Sentir esa fusión de forma que te confundes con otra persona en la misma carne, en el hecho de amar, en el que no te importa tu identidad porque estás amando. Eso es algo que por fortuna he podido vivir y expresar, y no creo que vuelva a hacerlo, porque una vez que escribes una cosa así no lo haces más veces. Estoy contento de haber podido expresar ese momento en la que las identidades se pierden porque ha surgido un ser otro que es el ser que ama. Y esa es la mejor versión de uno mismo.

Otra de las enseñanzas de la historia es la aceptación de la muerte. Un personaje dice que hay que tratarla como a una turista a la que hubiera que enseñar las cosas bellas de la vida.

→Otra de mis obsesiones es saber vivir el presente. Estamos siempre proyectando el futuro y a la muerte hay que enseñarle la belleza del presente y así se la conquista y te dice: venga te voy a dejar otro ratito porque sabes apreciar la belleza. La muerte debe ser una gran amiga, porque nos va a llegar y nos llega constantemente en gente querida y la vemos todos los días y a la muerte hay que enseñarle que nos merecemos su amistad precisamente por nuestra capacidad de disfrutar de esta tierra que es una maravilla.

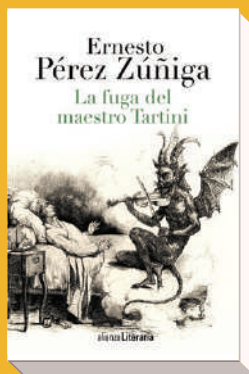
Ernesto Pérez Zúñiga dice que el ensayo que está escribiendo sobre Valle Inclán le ayuda a superar el vaciado de sí mismo que ha hecho en esta historia. «Me he dejado la vida en esta novela y la he reescrito tanto que hubo un momento en que estuve a punto de renunciar a ella». Pero no renuncia a la escritura y le rondan un nuevo poemario y un libro de cuentos encadenados. ¡Ah! Y la edición crítica de *La lámpara maravillosa*. Sea.



Veníamos de la noche

Galaxia Gutenberg.
22,50 € (384 p)
ISBN 9788419392985

Veníamos de la noche es una celebración del arte y de la literatura como una de las mejores herramientas que tenemos para evolucionar y para combatir los males de nuestro tiempo: la agonía y mecanización de la vida, y la pérdida del sentido. Lucía, con 49 años, llega a la Academia de España en Roma para pintar el cielo de la ciudad y rehacer su vida. Mientras un encuentro inesperado la enfrenta a su capacidad de amar.



La fuga del maestro Tartini

Alianza Editorial.
18,95 € (448 p)
ISBN 9788420677927

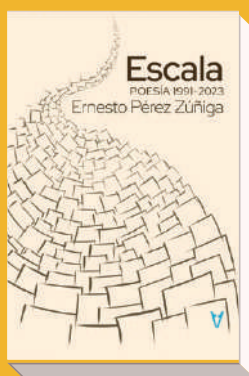
Año de 1769, Giuseppe Tartini, uno de los más importantes músicos del siglo XVIII, autor de la sonata conocida popularmente como *El trino del Diablo*, rememora su vida cuando presume que el tiempo se le agota. Comienza entonces un viaje a través de los secretos de la naturaleza humana que le llevan a enfrentarse, de manera cruel y destructiva, con su lado más oscuro. Sus ansias de perfección le convierten en un personaje fáustico.



Escarcha

Galaxia Gutenberg.
22,50 € (512 p)
ISBN 9788417355517

Dentro de la rica tradición europea de las novelas de aprendizaje, *Escarcha* retrata la España de la Transición a través de los ojos de Monte, un adolescente que ha vivido desde la infancia con sensación de extravío. Y, además, a través de una perspectiva coral: la de múltiples personajes arrastrados por su propia inquietud, como el profesor de música que se empeña en hurtar la pureza de sus alumnos antes de que se conviertan en adultos.



Escala

Sonámbulos Ediciones.
16,00 € (176 p)
ISBN 9788412623659

El libro recoge treinta años largos de su producción poéticas. El autor, rememorando las palabras de San Juan de la Cruz, afirma que cada libro es un peldaño de conciencia. Cada poema un ascendido descendido. Quien sube, baja al nivel de sus ojos lo que estaba arriba. En definitiva, cada libro es un hito del viaje.



No cantaremos en tierra de extraños

Galaxia Gutenberg.
20,00 € (300 p)
ISBN 9788416734085

En otoño de 1944, dos supervivientes sin patria ni nada más que perder se conocen en el Hospital Varsovia de Toulouse. Manuel Juanmaría sueña con una mujer que se quedó en España. Ramón Montenegro, sargento jefe de la Nueve que ha liberado París, le hace una propuesta insólita: «Ya que perdimos un país, salvemos a una persona». Una historia de amor y lealtad.



IMPRES- CINDIBLES